

vorito desde hace años de toda clase de sociólogos, economistas y especialistas, puede comprenderse con más facilidad y certeza leyendo el breve libro que presentan los «Cuadernos Anagrama», que, aun en su brevedad, comprende tres ensayos de autores distintos. «Siete tesis equivocadas sobre América Latina», de Rodolfo Stavenhagen; «Feudalismo y capitalismo en América Latina», de Ernesto Laclau, y «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora», de Ruy Mauro Marini.

Haciendo síntesis de la síntesis, podríamos exponer las siete tesis equivocadas, tal como las define Stavenhagen: 1) Los países latinoamericanos son sociedades duales (en realidad, son resultado de un único proceso histórico, forman una sola sociedad global y su término adecuado sería el de «colonialismo interno»). 2) El progreso en América Latina se realizaría mediante la difusión de los productos del industrialismo a las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales (en realidad, el progreso de las áreas modernas urbanas e industriales de América Latina se hace a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales). 3) La existencia de zonas rurales atrasadas, tradicionales y arcaicas es un obstáculo para la formación del mercado interno y para el desarrollo del capitalismo nacional y progresista (pero no existen un capitalismo nacional y progresista ni las condiciones internacionales para que éste se desarrolle). 4) La burguesía nacional tiene interés en romper el poder y dominio de la oligarquía terrateniente (no hay conflicto auténtico entre esas dos clases: la burguesía está aliada con la oligarquía terrateniente para mantener el colonialismo interno). 5) El desarrollo en América Latina es creación y obra de una clase media nacionalista progresista, emprendedora y dinámica, y el objetivo de la política social y económica de sus Gobiernos debe ser esti-

mular la «movilidad social» y el desarrollo de esta clase (pero las tensiones, oposiciones y conflictos entre las clases y las etnias no pueden ser resueltos por el crecimiento de los sectores medios, sino más bien su postergación y a veces incluso su agudización). 6) La integración nacional en América Latina es producto del mestizaje (pero la integración nacional y el nacimiento de una conciencia nacional dependen de la naturaleza de las relaciones entre los hombres y los grupos sociales, y no de atributos biológicos o culturales de ciertos individuos). Y 7) El progreso en América Latina sólo se realizará mediante una alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que impone la identidad de intereses de estas dos clases (el colonialismo interno no favorece la realización de esa alianza, y no se da el caso de que en las experiencias históricas se haya producido de manera satisfactoria).

El ensayo de Ernesto Laclau coincide en criticar el tema de la sociedad dual; sobre todo, a través de las ideas de André Gunder Frank. Y el de Ruy Mauro Marini es un estudio de la manipulación de la economía de mercados para

la creación de una situación invisible de dependencia.

Los tres ensayos son abiertos y no dogmáticos; dejan campo abierto para la discusión. Como aportaciones a la comprensión del fenómeno latinoamericano, y en general del Tercer Mundo —sobre todo el de Mauro Marini—, son enormemente valiosos. ■ J. A.

«Camino de Damasco»

La colección teatral de Cuadernos para el Diálogo ha incluido en un volumen las tres partes de «Camino de Damasco», de Augusto Strindberg. Inútil afrontar en dos holandesas la crítica de textos tan capitales —las dos primeras partes son de 1898; la tercera y última, de 1904— o de situarlos dentro de la extensa y no muy divulgada obra de Strindberg. Acaso, frente a los recientes montajes españoles de «La señorita Julia» y «Los acreedores», sí proceda señalar que se trata de textos mucho menos respetuosos que los citados con el convencionalismo psicológico y el desarrollo de un conflicto preciso. «Camino de Damasco» es una larga y exasperada interrogación de

Strindberg sobre sí mismo y la condición del hombre encuadrado en la cultura occidental. El habitual esfuerzo para crear personajes teatrales, portavoces autónomos de la problemática del autor, se transforma esta vez en lucha por sacar a flote todos los fantasmas, los terrores y las pesadillas.

«Camino de Damasco» es la exploración sin respuesta de una cultura. Revela, con estremecedora profundidad, la desesperación de un hombre de finales del XIX, capaz de asumir —en vez de eludir— todas las contradicciones entre una moral y la vida de quienes se declaran sometidos a ella, la disyuntiva entre locura o trivialidad planteada a una cultura. Es cierto, por ejemplo, que Strindberg trató a las mujeres —condicionado, sin duda, por sus desafortunadas experiencias matrimoniales— con una terrible dureza. Pero —y eso es lo que hace de él un gran autor— consiguiendo desvelar a través de esa dureza una serie de comportamientos agresivos que afianzan un Sistema.

Con Strindberg se sabe ya que no podemos seguir siendo los melancólicos expulsados del Paraíso, por la sen-

cilla razón de que tal sentimiento, asumido con plenitud y trasladado a toda la actividad humana, nos conduce a una permanente e insufrible autoacusación. La crisis de las soluciones religiosas es evidente, y con la nueva conciencia individual, la constante imagen de la «felicidad perdida» se convierte en una carga insostenible: ¿tiene sentido purgar por una autodestrucción que parece inevitable? Estamos ante la opción de buscar una nueva moral, de construir una realidad sin sentimiento de culpa. De hecho, eso es lo que intentan una serie de fuerzas en lo que va de siglo XX.

Leyendo estos terribles textos de Strindberg quizá encontramos, en parte, una explicación al fracaso de muchos de estos intentos. Sorprende, en efecto, el desnivel ante la profunda lucidez strindbergiana y la superficialidad maniquea con que muchos afrontan la agonia de Occidente. El error es obvio, me parece: sólo atravesando la crisis de Strindberg, dejándola atrás, superando las contradicciones que él detecta, midiendo el exacto abismo al que desciende, es posible, siendo comunes nuestras raíces, cambiar un mundo que fue suyo y es nuestro. Lo otro, el querer hacer tabla rasa de cuanto informa los comportamientos del hombre occidental, puede ser una ingenua manera de perdernos en un nuevo «Camino de Damasco», renovada la amargura de los «paraísos perdidos» y las «esperanzas inútiles». Todo ello, por ignorar que la tabla rasa es siempre quimérica y que la lucha debe darse precisamente afrontando todas las herencias. ■ JOSE MONLEON.

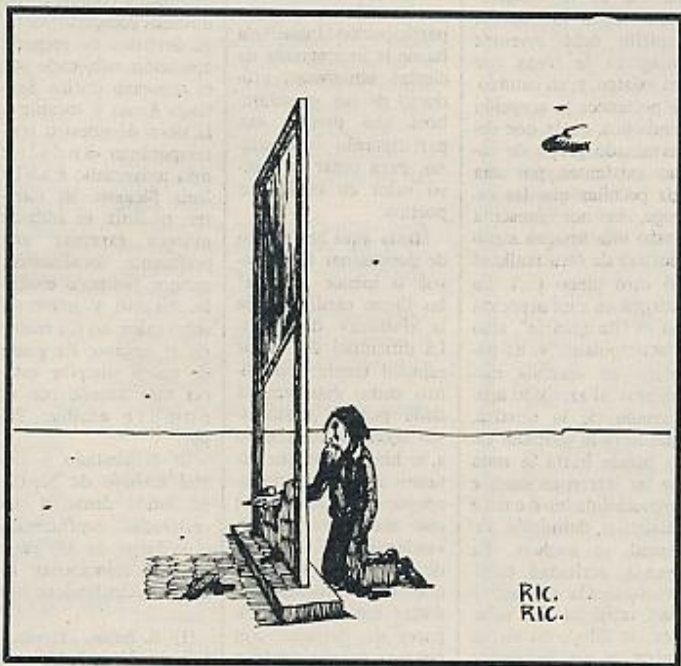
Cintio Vitier: La fidelidad interior

El grupo de la revista «Orígenes» fue (con el afrocubanismo de Nicolás Guillén) el exponente más relevante de una búsqueda de personalidad literaria y de «resistencia a la subcultura

norteamericana» —como dice J. M. Cohen— anterior a la Revolución cubana. Y es curioso constatar como en ambos casos el problema radical que se planteaba era el de un determinado tratamiento poético del lenguaje. Por ello, los escritores de «Orígenes», con Lezama Lima en primer lugar, intentaron una escritura herética pero luminosa, barroca pero incisiva, que les otorgó una singularidad fuera de toda duda. Cintio Vitier es uno de los poetas más significados de ese movimiento, aunque seguía (y sigue) siendo, prácticamente, un desconocido para los lectores españoles. Es más: antes que su poesía nos ha llegado su «profesión de fe» poética (1). Y no se trata de un mero recurso retórico. Cuando digo profesión de fe tengo muy en cuenta que tanto él como Lezama son escritores católicos; escritores que nunca han renunciado a su filiación religiosa y que han intentado hacer una obra acorde con los presupuestos de esa específica entidad espiritual. La búsqueda de unas claves vitales y creadoras, así como su evidente y nunca rechazado hermetismo, son notas no sólo peculiares, sino radicalmente sustanciales para llegar a comprender plenamente la obra y la actitud literaria de ambos escritores.

«Lo que me propongo —confiesa Vitier—, en la medida de mis fuerzas, es, sencillamente, pensar en la poesía desde la poesía, y no desde fuera. La clarificación de vivencias inmediatas, espontáneas y comunes destruiría, según mi parecer, casi, todas las ideas que sobre el lenguaje poético han echado a rodar los filósofos más preocupados por la cohesión de sus sistemas que por la fidelidad interior al mismo acto expresivo». La «Poética» de Cintio Vitier (cuatro ensayos recogidos bajo ese título común) es la explicación de esta experiencia íntima. No es un tratado poético, ni una pene-

(1) Cintio Vitier. «Poética». Colección Aguariay. Madrid, 1973. 75 páginas.



RIC. RIC.